



Rescatistas en la ciudad de México, septiembre de 1985.
(Fotografía: Roland Neveu/Liaison)

Managua 72, México 85: la poesía testimonia las tragedias

Moisés Elías Fuentes

*A Francisco Napoleón, mi hermano,
quien me enseñó a vivir Managua y México*

AUNQUE YA VIVÍA EN LA CIUDAD DE MÉXICO, los terremotos que la mortificaron el 19 y 20 de septiembre de 1985 no fueron míos sino tiempo después, cuando la adolescencia, de manera imperceptible, me convirtió en ciudadano de la capital de México, vetusta y juvenil a un tiempo. Fue con esa nueva identidad que el adolescente experimentó el vértigo emocional implícito en este verso de José Emilio Pacheco: “La caída no toca fondo.” Ese vértigo emocional, dicho sea de paso, se acercó desde entonces en mis sentimientos cuando rememoro aquel septiembre.

Casi trece años antes de los terremotos de 1985 en la ciudad de México, el 23 de diciembre de 1972 hacia las doce y treinta y cinco minutos, un sismo que cruzó la falla de la laguna Tiscapa arrasó con el centro de Managua, la capital de Nicaragua, donde yo nací ese mismo año, pero meses antes. Es decir, no crecí en la que, desde aquellos días, se nombra como la vieja Managua, sino en la Managua “terremoteada”, ese conjunto de suburbios hacia el este de la ciudad que terminaron por convertirse en el improvisado nuevo centro capitalino.

Muchísimo más grande, poblada y desarrollada que mi natal Managua, la ciudad de México no se dispersó en suburbios ni fue despojada de su centro y, sin embargo, todo cambió, como bien me demostró la lectura de “Las ruinas de México (Elegía del retorno)”, largo poema en varios cantos que escribió José Emilio Pacheco poco después de los terremotos de 1985, y que forma parte del libro *Miro la tierra*.

Dije poema en varios cantos, aunque también podrían ser versículos que conforman un salmo, toda vez que el poeta mexicano sin duda tuvo la *Biblia* a un lado al escribir el poema. Pero en realidad hablar de cantos o versículos es sólo un intento burdo por reducir “Las ruinas de México...” a formas, porque el poema, más allá de la elegía y el llanto, es una introspección en la propia tristeza, en la dolorosa certidumbre de nuestra finitud. Dice el poeta en la primera parte:



Sube del fondo el viento de la muerte.
El mundo se estremece en fragor de muerte.
La tierra sale de sus goznes de muerte.
Como secreto humo avanza la muerte.
De su jaula profunda escapa la muerte.
De lo más hondo y turbio surge la muerte.

Introspección en la tristeza, he dicho al referirme al poema de José Emilio Pacheco, y es esa misma introspección la que se devela en “Apocalipsis con figuras”, segunda sección del poemario *Esos rostros que asoman en la multitud*, en la que el poeta Pablo Antonio Cuadra reunió los poemas que escribió teniendo a la vista las múltiples tragedias emergidas con el terremoto de Managua. Uno de esos poemas, “El sirviente de Darío”, me llevó a comprender en unas cuantas estrofas el calado de la herida:

Goyito, el hijo de Gregorio Blandón
criado por los Darío
se presentó al poeta
—y entró a su servicio—
cuando vino en su último viaje.

Hoy está cubierto por un bramante
en la calle
y su nieta lo llora.

Ateridos por el mismo dolor, el poeta mexicano y el nicaragüense lo expresaron de modo distinto: mientras que para Pacheco se imponía su dolor individual ante la tragedia, para Cuadra se imponía la tragedia colectiva con sus singularidades.

Diríase que el nicaragüense y el mexicano sintieron las tragedias humanas de sus ciudades natales desde perspectivas opuestas, pero si observamos con atención comprendemos que, más bien, ambos poetas se identificaron con el gran dolor anónimo que recorrió las calles de Managua y México por aquellos días, el gran dolor provocado por la ambigüedad de la naturaleza humana: por un lado físicamente débil, por otro emocionalmente mezquina.

Incuestionable, ambos poetas se impacientan y se sublevan ante la mezquindad humana, pero la impaciencia y la sublevación no determinan sus testimonios poéticos, sino que son otros más de los aspectos que se enlazan para el entramado de aquéllos. Lo que predomina en ambos testimonios es el dolor por la vida, o dicho de otro modo, el dolor del que quiere vivir, por lo que debe transitar el llanto y la desolación para recuperar la vida. Pacheco lo expresó con claridad meridiana en una estrofa:

Terminó mi pasado.
Las ruinas se desploman en mi interior.
Siempre hay más, siempre hay más.
La caída no toca fondo.

También Cuadra miró al dolor de frente, a los ojos, no tanto para exorcizarlo sino para saber identificarlo entre los escombros en que acabó la ciudad, ruinas de una sociedad que había perdido la voz, como sugieren las dos últimas estrofas de “El sirviente de Darío”:

Con este viejo sirviente quizás se apagan
los últimos oídos
que conservaban la voz de Darío.

Al enterrar a Goyo en la fosa común
enterramos al pueblo
y con el pueblo
la voz de su Poeta.

Ni el nicaragüense ni el mexicano se autocomplacieron en la exposición de su propia tristeza, de su extravío emocional, rodeados por esas casas y edificios que devinieron ruinas, tumbas. Al contrario, ambos prefirieron compartir su llanto y su incertidumbre con los demás, los hombres y las mujeres del común que con su ir y venir vitalizaban Managua y México. Ha ahí este fragmento del poema de Pacheco:

A los amigos que no volveré a ver,
a la desconocida que salió a las seis
para ir a su trabajo de costurera o mesera;
a la que iba a la escuela para aprender
computación e inglés en seis meses,
quiero pedir disculpas por su vida y su muerte.

Poesía elegíaca, sin embargo los textos de Cuadra y de Pacheco no son exaltaciones de la derrota, toda vez que ninguno de los dos poetas cedió a la autocompasión; antes bien, los poemas son cantos de amor, lo que esclarece la compleja sencillez de sus versos, mezcla de metáforas fuertes, que no violentas, y de rítmica cambiante, pero nunca cacofónicas. Los versos finales de “El hermano mayor”, de Cuadra, cifran y suman estas cualidades que he procurado resaltar:

Con las manos
sangrando
lo encontré en el rescate
de Juan, lo vi
cargarlo,
me dirigió sus ojos
llenos de ternura: “¡Ayúdame!”
dijo. Debí gritarle
¡Padre, padre!
¿por qué nos abandonas?
¡Es inútil! ¡Ya lo conoces!
siempre
abandona el rebaño
por una oveja perdida!

Lúdicos y reservados a un tiempo, el nicaragüense y el mexicano vivieron y murieron en sus capitales nativas, o mejor dicho, las vivieron y las murieron. Nacido en Managua el 4 de noviembre de 1912, Pablo Antonio Cuadra contaba sesenta años cuando el terremoto de 1972, y 89 años al fallecer el 2 de enero de 2002. Originario de ciudad de México, en la que nació el 30 de junio de 1939, José Emilio Pacheco tenía cuarenta y seis años al acaecer los sismos de septiembre de 1985, cuarenta y seis a los que agregó casi veintinueve años más, pues feneció el 26 de enero de 2014.

Sin la pretensión de ser los “rapsodas” de sus ciudades natales, ambos atestiguaron ante la poesía sus particulares visiones del desamparo humano, de la fragilidad de nuestra vida, pero a la vez atestiguaron la valentía y la grandeza de los hombres y las mujeres cotidianos, los muertos y los héroes anónimos que no ambicionan el pedestal o el aplauso, sino tener una vida que sea por entero suya, para vivirla.

Los poemas de Cuadra y de Pacheco testimonian aquellos días áridos; testimonios entrañables porque ambos poetas supieron escuchar los gritos y los silencios interiores, los que sólo la poesía se atreve a pronunciar, pues con los gritos y silencios reinventaron la íntima relación que nos une al entorno que nos rodea y a nuestro microcosmos personal. Y fue por la lectura de sus testimonios poéticos que he aprendido y aprendo cada día a vivir Managua y México como lo que son, las ciudades en que me invento y renuevo. 